

## PALABRAS Y DICHOS ESCLARECIDOS

**Gonzalo Ortega Aragón**

*Académico Numerario*

**RESUMEN:** Se trata de explicar el origen, significados y transformaciones semánticas de ciertas expresiones populares no muy corrientes y no tratadas en repertorios al uso. Y de aclarar el origen, a veces extraño y escondido, de algunos vocablos surgidos de relaciones figurativas generalmente no detectadas. En estas páginas se pretende corregir, pues, algunos usos vulgarizantes y desterrar etimologías fantásticas.

**PALABRAS CLAVE:** Dichos, vocablos, origen, significados, etimologías, usos vulgares.

### *WORDS AND SAYINGS EXPLAINED*

**ABSTRACT:** Our aim is to explain the origin, meanings and semantic transformations of certain popular sayings which are rather uncommon and have not been dealt with before, as well as to clarify the somewhat strange and hidden meaning of some words arising from figurative relations generally undetected. Thus in these pages vulgar uses will be corrected and fantastic etymologies banished.

**KEY WORDS:** Sayings, words, origin, meanings, etymologies, vulgar uses.

### INTRODUCCIÓN

En nuestro idioma castellano subsisten algunas palabras que se utilizan sin saber su etimología, que muchas veces sorprende por su curiosidad y casi nunca imaginable. Ocurre también que se usan popularmente vocablos dobles para una misma acepción y uno de esos vocablos es el académicamente correcto y el otro no pasa de ser un vulgarismo en que se han cambiado algunas letras.

Sucede igualmente con muchas expresiones populares, que no siempre se sabe de dónde y cuándo proceden. En muchos de

estos dichos el ingenio popular ha tomado un sentido figurado, tan figurado que el tiempo ha borrado la conexión entre el dicho inicial, natural, que se entendería al pie de la letra, y la expresión familiar que ha tomado otra acepción. Claro está que siempre subsiste esa conexión, pero el tiempo e incluso el cambio de usos y costumbres han terminado por borrar esa ilación lingüística.

Al estudiar esos vocablos de uso corriente y esos dichos muchas veces ya casi desaparecidos del habla común, nos encontramos con auténticas sorpresas y también

---

\* Texto de la sesión científica celebrada el día 16 de abril de 2015.

entendemos el porqué de su aparición en el vocabulario y las expresiones de uso familiar y de calle. En esos dichos aparecen con frecuencia vocablos referidos a objetos y actitudes que han desaparecido o de uso ya muy determinado. De ahí que las nuevas generaciones desconozcan los dichos mismos o su significado y su origen.

En esta pequeña muestra, en la que se intenta esclarecer el nacimiento y el uso adecuado de palabras y dichos que pueden usarse pero de una manera rutinaria, se han buscado sus orígenes, sus razones de ser y sus significados reales y figurados. Para ello, se han rastreado etimologías no tratadas comúnmente y se han indagado sus usos a través de los siglos, según las primeras apariciones en nuestra literatura.

### ¡YA APARECIÓ EL PEINE Y DÓNDE!

Desde niño había oído el modismo *¡Ya apareció el peine!* para expresar sorpresa y alegría ante el hallazgo de alguna cosa que se había perdido o ante alguna incógnita no descubierta antes. En este caso, el vocablo está tomado como un comodín y puede referirse a cualquier objeto o cuestión. Sin embargo, cuando lo que se ha encontrado o descubierto es al autor de un hurto o de otra pequeña fechoría, generalmente casera, suele decirse que *¡Ya apareció el duende!*

Volviendo a lo del peine aparecido, hay que recordar que es muy frecuente que, en casa o en el trabajo, por prisas, despiste o estado nervioso, uno deje un objeto no en su asiento habitual sino en los lugares menos pensados e impropios de él. Y así, después del hallazgo, nos quedamos sorprendidos de cómo demonios ha podido llegar tal objeto al lugar del encuentro.

Por eso me sorprendió oír a un palentino completar con una segunda parte aquel modismo de *¡Ya apareció el peine!* Su expresión completa se configuraba como un dialoguillo:

-¡Ya apareció el peine!

-¿Y dónde estaba?

-¡En el cajón del pan...!

Este añadido a la exclamación escueta me hizo gracia y me resultó gratamente sorprendente, porque el ingenio popular no pudo inventar un remate más impactante y por tanto más expresivo. Es como llevar la sorpresa del hallazgo a los límites de la inverosimilitud a pesar de ser real. Porque a nadie se le ocurriría buscar un peine perdido precisamente en el cajón del pan, pues estar peinándose e ir a buscar pan parecen acciones que difícilmente pueden cruzarse.

Lo del peine perdido y hallado ya digo que suele utilizarse como expresión doméstica, aunque tampoco será demasiado extraño oírlo para algunas referencias de mayor alcance.

Más gráficamente es casi imposible decir que las cosas desaparecidas pueden aparecer en los lugares más impensables. Y es que si la dentadura del abuelo apareció rebuscando en la papelera, si la llave del coche estaba bajo el almohadón del tresillo y el anillo de la niña se encontró el día en que el gato se puso a jugar con él en la despensa, no lo duden: si alguna vez pierden el peine, no dejen de buscarlo incluso en el cajón del pan.

### LONGANIZA, DE LUCANIA Y LARGA

Quizá porque parecía demasiado evidente, no se ha especulado sobre el origen del vocablo español longaniza. La longani-

za, antaño tan aludida en las matanzas case-ras y las posteriores meriendas de varal y olla, se llamaría así, a bote pronto de vista y oído, por ser luenga, larga, con el mismo étimo que longitud o longevidad. De hecho, el Diccionario de la Real Academia define la longaniza como un pedazo largo de tripa rellena de carne de cerdo picada y adobada. Definición en la que el adjetivo largo aparece como identificador y distinguidor de otros embutidos. Pero nada se dice de la singular terminación del vocablo en *-iza*, un tanto extraña si nos atuviéramos a ese simple étimo de algo largo.

Pero, aunque no le falte razón a esta definición, hay que señalar que no es esencialmente correcta ni totalmente explicativa. Porque la raíz verdadera de la palabra longaniza hay que buscarla en el vocablo del latín vulgar *longanicia*, derivado del latín clásico *lucanica*, que hace referencia a Lucania, una de las regiones del Imperio Romano, en el sur de Italia, donde se empezaron a hacer y se popularizaron las longanizas, formato de embutido que más tarde se adoptó en tantos países, entre ellos España, donde tan popular fue y sigue siendo, aunque cada vez menos elaborado en procesos caseros y cada vez más en fabricación en serie.

El primer vocablo romance derivado fue *luganiza*, más tarde *lunganiza* y en español terminó finalmente como longaniza, en un proceso fonético normal y, desde luego, influido por luengo, longo, por ser la longaniza un objeto llamativamente largo en comparación con otros embuchados.

De hecho y en efecto, algunos etimologistas se obsesionaron de principio en buscarle al vocablo longaniza su origen en una palabra que significara largo y hasta llega-

ron a inventarse vocablos latinos inexistentes. Pero ya ven que, como ha ocurrido con otros productos luego popularizados, la longaniza lleva en su nombre el sello de su región de origen. Pasa lo mismo con la palabra española bayoneta, que, derivada de un vocablo galo original, hace referencia a la ciudad francesa de Bayona, donde se empezaron a fabricar estas armas, en ciertas épocas de uso generalizado. Lo mismo ocurrió al denominar sevillanas a ciertos bailes que, más tarde generalizados, sobre todo en Andalucía, tomaron el nombre de su ciudad de origen. Y ciertos vinos se distinguen por el nombre de su región o localidad de producción y comercialización

Quedamos, pues, en que la palabra española longaniza lleva en su cuerpo un pequeño apunte de su largura y que todo lo demás es su partida de nacimiento, expedida en la región italiana de Lucania.

### SER COMO EL ALEGRÓN DEL CANDIL

Desde muy niño no había vuelto a oír o leer la comparación de un acontecimiento con *el alegrón del candil*. Sin duda, la práctica desaparición de este objeto alumbrante había hecho caer en el olvido los diversos dichos populares con candil por medio. Hasta que muchos años después encontré esta expresión leyendo un viejo libro. Y su lectura me recordó que tal frase la había oído con cierta frecuencia cuando todavía se utilizaba el candil para algunos menesteres, sobre todo para alumbrarse en las bodegas familiares, a las que aún no había llegado la luz eléctrica.

Cuando al candil se le acababa la mecha, los restos de ésta caían sobre el aceite y se producía una especie de fagonazo o llamara, que, si en un instante iluminaba excep-

cionalmente, era también preludio del apagón del candil. Por eso, comparar algo con ese alegrón del candil es tanto como decir que tal cosa o tal acontecimiento no fue más que un súbito y pasajero golpe de fortuna, inmediato a una caída en la cruda realidad o en desventura.

Quien haya utilizado un candil, se dará perfecta cuenta de la extraordinaria expresividad de esa comparación, además llamativamente eufónica. Pero no se piense que tal modismo es una variante de lo del canto del cisne o la mejoría de la muerte, porque estas alusiones sólo se asemejan a la del candil en parte, en esa vitalidad antes del óbito, pero el candil puede volver a estar vivo, a ser útil, sólo con ponerle una torcida nueva.

El vocablo candil procede del latín *candela*, pero a través del árabe, que adoptó la forma *qandil*. Y de la familia candil son múltiples vocablos de nuestro idioma nacional, como candelera, candelabro, candileja, encandilar, etc. Todas ellas derivadas del verbo latino *candere*, con el significado de arder.

Recordemos, a propósito, algunos dichos populares que en su tiempo surgieron del uso corriente del candil. Se advertía, por ejemplo, que *¿qué provecha candil sin mecha?*, para explicar que cualquier propósito o proyecto quedará impracticable si faltan los requisitos necesarios. Había otro dicho, muy original y esclarecedor que aconsejaba que *azadón de noche y candil de día, tontería*, una sátira directa contra aquéllos que quieren hacer las cosas fuera de la ocasión propicia. Que si vas a cavar de noche con un azadón, a ver dónde pegas la hincada, que lo mismo te pasas de raya y le labras el huerto al vecino. E iluminarse a pleno sol con un candil no dejará de ser una soberana majadería.

En fin, que a todos nos sucede alguna vez tener que asistir, en una u otra faceta, al alegrón del candil. En estos casos, cuando se produzca el apagón, no tiren el candil. Póngale mecha nueva y adelante con los faroles, quiero decir con el candil encendido.

### EXTRAÑA ETIMOLOGÍA DE PROPINA

Para que el vocablo español propina tenga la acepción que hoy le damos, ha tenido que recorrerse un camino de derivados, parecidos y reajustes. Y vaya esta breve explicación para aclarar la curiosidad suscitada en tantas ocasiones en que se ha tratado sobre el tema pero en las que no se encontró ninguna entre la etimología de propina y su significado actual.

Nuestro vocablo propina es un derivado del verbo latino *propinare*, que a su vez procede del verbo griego *propinein* (un compuesto de *pinein*, beber), cuyo significado original era beber antes que alguien o beber a la salud de alguien y después ofrecerle la copa con el resto de la bebida. De ahí surgieron para estos verbos los significados de dar de beber, y por extensión y simplificación, dar o regalar algo.

En el bajo latín ya se había consolidado el correspondiente sustantivo propina, del que se deriva, sin variación, el vocablo español. Son varios los escritores, entre ellos Cervantes, los que utilizan ya a finales del siglo XVI y principios del XVII este sustantivo, con los significados de don, regalo, convite o dádiva, adaptado a múltiples circunstancias de la vida social.

El Diccionario de la Real Academia de la Lengua adjudica a propina las acepciones *de colación o agasajo que se reparte entre los concurrentes a una junta, deferencia después reducida a dinero, o agasajo que*

*sobre el precio convenido, y como muestra de satisfacción, se da por algún servicio. También da a propina el significado de gratificación pequeña con que se recompensa un servicio eventual.*

Como puede verse, la Academia se ha quedado un poco atrás en algunos significantes y no expresa y puntualiza con detalle y claridad las dos principales acepciones que hoy otorgamos popularmente a propina: el pequeño sobreprecio que se suele dar por las consumiciones hosteleras, bien por la satisfacción del servicio o por simple costumbre, y el dinero que se regala a los más pequeños para la compra de niñerías. Es verdad que la Academia parece aludir a estos dos significantes últimos, pero generalizando y sin concretar el uso más corriente, pues cuando hoy hablamos de propina casi siempre nos referimos al añadido al precio hostelero o a las monedas que, más o menos generosamente, se da a los niños para que compren golosinas o juguetes propios de su edad.

Como queda demostrado, de un inicial significado de beber que tenían los verbos padres de propina se ha llegado a otros que nada tienen que ver con sus raíces. Y menos cuando al verbo propinar le ponemos un complemento tan extraño como en la expresión popular de dar una paliza.

### **PUES LAS MORENAS ERAN RUBIAS**

En zonas de cereal siempre se llamó morenas a los montones de mieses apiladas en los rastrojos para su posterior acarreo a las eras de la trilla. La costumbre secular de llamar morenas a estas pilas más o menos ordenadas de espigas hizo que pasara desapercibida la aparente contradicción de deno-

minar morena a una montonera más bien de color blanco-rubio.

Con la generalización de las cosechadoras, se acabaron las gavillas y las correspondientes morenas que los agosteros hacían tras la siega y que luego acarrearaban sobre carros armados con grandes teleras para aprovechar los viajes a las parcelas de labor. Y ha sido ya en época sin morenas cuando ha surgido la curiosidad sobre este nombre, ya digo que presuntamente y a simple vista contradictorio.

La aclaración de esta aparente incongruencia viene dada por el distinto origen etimológico de la morena de la copla y la morena de rastrojo. O sea que por diferenciados caminos léxicos se ha llegado a dos vocablos de grafía y sonido iguales pero de significación muy dispar. Que qué tendrá que ver, por ejemplo, una mujer morena con un montón de espigas ya agostadas formado a base de gavillas. Por mucha imaginación que se echara no habría manera de aclarar esa diferencia si se buscaba un étimo común, que lógicamente no podía existir.

Por un lado, moreno y morena son adjetivos que se aplican a las personas, masculinas y femeninas respectivamente, por tener la cara de color oscuro, tirando a negro. Este moreno, morena, procede del vocablo *moro* más la terminación adjetiva en *-eno-* *-ena*. Se dice por comparación con la tez morena de los mauritanos. Y morenos y morenas se ha llamado y llama a las personas o cosas que habitualmente tienen ese color oscurecido, ya sea natural o conseguido artificialmente.

Pero la etimología de la morena como montón de mieses nada tiene que ver con el color de los moros. Su origen hay que buscarlo en la lengua prerromana, en la raíz

*murru*, con el significado general de montón. Con el vocablo *morenas* o sus variantes idiomáticas o dialectales se denominan en algunas zonas a los montones de hierba segada, de leña cortada, de arbustos recogidos o de piedras de descante. Y también a las montoneras formadas por derribos y por arrastres fluviales o de glaciales.

Queda claro, pues, que las *morenas* del *rastrujo*, a pesar de ser *blanquirrubias*, se las denominó *morenas* porque este nombre significaba simplemente *montones*. Y por eso se *acarreaban morenas* y nunca *rubias*, porque al darles nombre se consideró su formato y no su color.

#### CUANDO SE PIERDE LA CHAVETA

Les cuento algunas cosas sobre la *chaveta* y sus cambios de significado, que hay que ver lo que hablamos de la *chaveta* y casi siempre para mal.

El vocablo *chaveta* es un calco españolizado del italiano *chiavetta*, como diminutivo de *chiave*, con el significado de llave o clavo. Como tal *llavecilla* aparece ya en castellano en el siglo XVI y no mucho más tarde en catalán, a causa de las relaciones italo-ibéricas del imperio español. Por tanto, el español *chaveta* es, en principio, una llave pequeña, es decir una *clavija* o *pasador* que se coloca en el agujero de una barra o eje para sujetar sus piezas. Quedamos, pues, en que la *chaveta* sirve para impedir la pérdida de ciertas piezas o para sujetar una barra que debe quedar articulada en un mecanismo.

Entonces está claro que cuando falla la *chaveta* todo el armaje, entramado mecánico o engranaje se desarma y cada pieza se descoloca. Por tanto ya tenemos una explicación clara para el dicho metafórico de perder la *chaveta*. El que ha perdido la *chaveta*, es

decir lo que mantiene su cerebro en equilibrio, se ha vuelto loco. Así que decirle a uno que ha perdido la *chaveta* es tanto como asegurarle que ha perdido el juicio, que ha perdido la cabeza, que está de *atar*.

Pero como el habla popular tiende a las simplificaciones, a veces da un salto en los significados de los vocablos y de ahí que *chaveta*, en vez de significar simplemente y de manera figurada una parte que controla los mecanismos del cerebro, pasó a significar el cerebro mismo y también la cabeza. De ahí surgió el modismo de *estar mal de la chaveta*, es decir de la cabeza, es decir con cierta locura.

Pero aún fue el habla popular más allá, trasladando el significado de *chaveta* hasta utilizarlo para denominar a la locura misma. De manera que se dice de alguien que *está chaveta* y no es que esté *clavija* ni nada parecido, es que está loco, que es cosa de preocupar y quizá sin remedio.

Queda evidente que estar *chaveta* no significa literalmente lo que en realidad quiere decir y que se entiende a la perfección. Como se sabe lo que significa *estar bebido*, porque a nadie se le bebe sino que es él mismo el que bebe y, por lo visto y comprobado, a lo grande y pasándose bastante de la raya.

Y ya puestos a identificar *chaveta* con cabeza, pues hasta decimos que se me va la *chaveta* o que me duele la *chaveta*. Aunque esto último no es definitivo y suele tener remedio con una aspirina.

#### LOS SECRETOS DEL AVELLANO

Bien entrado el otoño, van cayendo al suelo las *avellanas*; y pobre del que intente coger todas las *avellanas* del árbol porque los frutos del *avellano* son *secretos* y sólo

los deja ver cuando los suelta en plena madurez. Y es que este arbusto, a veces arbolado, esconde sus frutos en el reverso de sus hojas, camuflados en una vaina del mismo color, y así no hay majo que recuente la cosecha por mucho que rebusque.

Y en ésas andan a veces los nuevos poseedores de algún avellano de jardín o de finca con arboleda, que, sin conocer los secretos de estos árboles, quieren recolectar de golpe su avellano y apenas si ven los frutos. Sin embargo, cada dos o tres mañanas, recogen bajo el arbolito unas decenas de avellanas, que a ellos les pueden parecer como llegadas misteriosamente, como caídas del cielo. Y es que el avellano va dejando caer sus frutos a medida que éstos van madurando enteramente y sus vainas están resacas.

Otro secreto del avellano es su propio nombre, que nada tiene que ver ni con aves ni con llanuras, porque en nuestro idioma lo hemos desfigurado, ya que lo que significa avellana es nuez de Abella, o sea *abellana nux*, simplificado en avellana, con una caprichosa uve. Abella es una ciudad de la Campania, región del sur de Italia, con Nápoles como capital y dando ya al Tirreno. De esa Abella procede este arbusto de frutos tan sabrosos como aceitosos. Por tanto se ha dado en este caso lo de tomar el producto el nombre de su ciudad o región de origen, como en otro capítulo anterior se glosa lo de la longaniza, así denominada por tener su origen en la también región italiana de Lucania.

Por Cataluña y Valencia, donde el cultivo del avellano es mayor, se dice que *Per Santa Magdalena l'avellana és plena*, dicho que no quiere decir que en esa fecha ya se puede recolectar este fruto sino que hacia el

22 de julio ya están formadas plenamente las avellanas, pero a la espera de su madurez final.

Como el hábitat más natural del avellano son las frescas umbrías montañosas, también por el norte de las provincias de León, Palencia y Burgos abundan los avellanos silvestres. Y en tiempos no tan remotos, bajaban los montañeses con sus sacos de avellanas, además de con otros frutos de la tierra y sus manufacturas, hasta las llanuras de los campos cerealistas para cambiarlos por trigo, legumbres o vino.

Y más secretos avellaneros: Con sus frutos se preparan horchatas y licores y con su corteza se hacían infusiones contra diarreas y hemorragias. Y costumbre había, en ciertos lugares, de dar avellanas a los niños para que no se measen la cama, que algo tendrá la avellana para cortar el grifo mingitorio.

## VERBENA: MEDICINA Y FIESTA

Suelen repetirse las ocasiones en que, en tertulias más o menos cultas, se suscite el tema sobre si tienen algo que ver entre sí la verbena como planta y la verbena como festejo popular nocturno al aire libre. Y seguro que algunos lectores se van a asombrar con la explicación que se ofrece sobre la relación que hay entre ambos significados.

En principio, verbena es una planta silvestre que se cría en las orillas de arroyos y caminos, que florece en verano y que ha sido muy utilizada en medicina como febrífugo, para cataplasmas contra las heridas y como colirio polivalente. Y todavía se utiliza en algunos lugares como emoliente para ablandar ciertas durezas o infecciones.

Los antiguos, desde los celtas a los romanos, la llamaron hierba sagrada porque

era utilizada por los sacerdotes para purificar altares y coronar estatuas de ciertas divinidades. A este uso sagrado se añadió un uso medicinal y supersticioso, pues se creía que, además de curar fiebres y picaduras de serpientes, aumentaba la leche de las nodrizas, evitaba los abortos y, como amuleto, preservaba la amistad y el amor. O sea que con un ramo de verbena se tenía en casa una farmacia y un psicólogo para uso particular.

Creyendo que esta hierba contagiaba la alegría, los romanos acostumbraban a regar con sus aguas las habitaciones donde se iban a celebrar festines y festejos. Así que, según sus creencias, un asperjes de verbena en salones y comedores era como un seguro de placeres gastronómicos y jolgorios sostenidos.

Pero las fantasías y las supersticiones sobre la verbena iban más allá, pues el naturalista Plinio dejó escrito que, para que esta planta tuviera todos esos efectos medicinales y cuasimilagrosos, debía ser recogida al principio de la canícula, arrancada con la mano izquierda tras hacer un círculo mágico alrededor de sus hojas. Y todo ello, sin sol y sin luna, es decir después de puesto el sol y antes de que saliera la luna. Por eso, a la gran madrugada se llamó luego, por extensión, ir a coger la verbena.

De ahí que a los bailes, festejos y mercadillos, todo en uno, organizados a la media noche y al aire libre, generalmente en plazas abiertas o en descampados, y por supuesto en verano, se identificaran con el tiempo de ir a coger la verbena. Y terminarían llamándose simplemente verbenas. Todavía en ciertos pueblos y ciudades se conserva el nombre de verbena para algunas calles que, si hoy se localizan ya en pleno

casco urbano, fueron antiguamente extrarradios propios para celebrar esas verbenas.

Las verbenas se han celebrado y celebran, generalmente, en la víspera de alguna festividad patronal o popular y desde luego la más extendida es la de la madrugada de San Juan.

#### **DE LA RANA A LA MANZANA REINETA**

No es raro que en conversaciones familiares surja la controversia sobre cuáles son mejores, las clásicas manzanas reinetas o las más modernas manzanas golden. Hay quien defiende la manzana golden, introducida el siglo pasado por tierras de Castilla, por la tersura de su carne y por su dulzor natural. Pero también hay quien prefiere la manzana reineta, más tradicional y muy largamente apreciada, por su suave carnosidad y por su sabor menos azucarado.

Entre estas opiniones, en cierta ocasión he oído zanjar la cuestión diciendo alguien que estaba claro que la manzana reineta, como su nombre indicaba, era manjar de reyes y que por tanto sería la mejor. Y este razonamiento parece que hizo mella entre los contrincantes y la cosa quedó ahí, sentenciada además por un segundo que dijo que para gustos se habían hecho los colores y las variedades de manzanas.

Pues bien, hay que aclarar a quien vinculó la manzana reineta con los gustos reales que no hay ninguna relación en ello, aunque pueda parecerlo. Y es que fue en Francia donde primeramente a esa clase de manzanas se las llamó reinette, un derivado del francés antiguo *raïne*, con el significado de rana. Para los franceses, pues, la manzana *reINETTE* sería una manzana *arranada*, por algunos parecidos con la rana.

Efectivamente, la piel de la manzana reineta es muy parecida a la rana, en su rugosidad y en sus pintas coloreadas. Y en esa coincidencia vieron los franceses, desde muy antiguo, la oportunidad de distinguir a estas manzanas de las otras, llamándolas manzanas que tienen la piel parecida a la de las ranas.

Del francés se tomó esa adjetivación en castellano, españolizada en reineta. Como tal aparece en el Diccionario de la Real Academia desde ya avanzado el siglo XIX. En asturiano se conservó la forma *raneta*, que da la impresión de haber sido tomada ya directamente de rana, pues del parecido de la piel del batracio y de esa fruta puede haber surgido el adjetivo distinguidor en diversas partes y en diversas formas, según idiomas y dialectos.

Con esta explicación queda claro, pues, que de gustos sobre manzanas no hay nada escrito, ni siquiera que los reyes tuvieran predilección por alguna de ellas, aunque lo de manzana reineta pueda parecer, a bote pronto, que su adjetivo tenga alguna concomitancia con las personas reales. Y es que, claro, cuesta mucho, a simple vista y oído, pensar que una clase de manzanas terminara distinguiéndose por su parecido, en cierto modo, a las populares ranas.

## DE CORITOS Y CORITAS

De coritos y coritas se ha hablado y escrito con frecuencia como si fuesen vocablos exclusivamente del ámbito palentino, pero sobre este tema hay que aclarar, candelada en mano, algunos detalles: La palabra cuero viene del latín *corium*, que significa cuero, o sea piel del hombre o de los animales y también la piel curtida de éstos. Y de ese *corium* se deriva también el vocablo

corito, al que el Diccionario de la Academia atribuye diversos significados, el primero lo de desnudo o en cueros, que es la acepción que le damos corrientemente.

Ni en los diccionarios etimológicos ni en los de uso he encontrado ninguna referencia a que lo de corito sea exclusivamente palentino. El hecho de estar admitido por la Academia de la Lengua, sin localización especial, da a entender que es de uso corriente, aunque quizá haya prevalecido su uso en buena parte de la provincia palentina más que en otras y de hecho es desconocido tal vocablo en algunas comunidades. Sin embargo, he podido constatar que también utilizan lo de corito en provincias limítrofes con Palencia.

El Diccionario de la Real Academia sólo admite corito-corita como un adjetivo pero en su cuarta acepción alude a “obrero que lleva a hombros los pellejos de mosto o vino desde el lagar a las cubas”, sin más explicaciones y ni siquiera hacer referencia al instrumento utilizado para el transporte de esos líquidos. En este caso, el Diccionario oficial tampoco ha hilado muy fino, pues un señor que transporta mosto no va desnudo. Y por nuestros territorios sí que somos mucho más exactos al llamar coritas a los pellejos, generalmente de cabra, con los que se traslada el mosto a las cubas. Por tanto, los transportadores de mostos y vinos con estos envases, serán los coriteros, es decir los que manejan las coritas.

En Palencia y otras comarcas vinateras de nuestros entornos, hemos usado el sustantivo corita para referirnos a ese pellejo, a ese cuero. Y lo usamos en femenino seguramente porque sabíamos que el pellejo era de cabra. Ese cuero se ha logrado casi completo, cerrado, para que sirva como recipiente y

conserva la figura de una cabra, que se nos presenta en cueros, es decir corita.

En ese transporte del mosto desde el lagar a las cubas, se cargaban las coritas siempre con una cantidad igual de líquido. Y el envasador iba anotando los viajes, unas veces como pellejas y otras veces como coritas transportadas, hasta llegar a la cantidad de mosto que correspondía a cada echador de uva en ese lagar.

De una persona desnuda se dice que está corito, aunque a veces eso de corito-corita también se usa para aludir a alguien que va muy escasamente vestido, como lo niños cuando están a culo pajarero o como las bailarinas de revistas y cabaret.

### ¿ALBÓNDIGA O ALMÓNDIGA?

Con cierta frecuencia se suscita también la cuestión de si se debe decir albóndiga o almóndiga, para referirse a esas pequeñas bolas generalmente de carne picada y trabada con pan rallado, huevo batido y especias, que luego se fríen o se guisan, rebozadas o sin rebozar. En estas charletas del buen hablar, siempre hay quien asegura que debe decirse y escribirse albóndiga y que lo otro es una incorrección lingüística. Pero también hay quien sostiene que esas pelotillas carnosas pueden nombrarse con ambos vocablos.

Vaya, pues, esta candilada luminosa sobre el tema para que no haya dudas ni melindres ante un plato de esas sabrosas y populares bolas de carne, que hoy tienen abundantes variantes en la gastronomía llamada moderna. Y es que el vocablo español procede del árabe *al-bunduga*, que significa simplemente la bola. La evolución normal del árabe al castellano nos dio albóndiga y así se documenta en nuestra lengua desde el

siglo XV. Por tanto hay que deducir que lo genuino y lo más correcto será decir y escribir albóndiga, casi un calco literal del árabe, incluso amalgamando el artículo al- y el nombre propiamente dicho.

Sin embargo, en castellano se produce pronto la variante almóndiga, por el cambio consonántico de -b- por -m-, en una adaptación vulgarizante. Quevedo ya utiliza el derivado almodiguilla y almóndiga se recoge en el Diccionario de Autoridades. Queda claro, pues, que albóndiga es el resultado correcto de su derivación del original árabe, mientras que albóndiga es una variante procedente del habla popular o vulgar, mediante ese mecanismo tantas veces utilizado de los cambios de consonante.

Esta variante temprana ha obligado al Diccionario de la Real Academia a recoger almóndiga como vocablo correcto, sinónimo de albóndiga, sin más añadidos y explicaciones. Sin embargo, en otros diccionarios de uso y más explícitos, se sigue considerando almóndiga como variante vulgar de albóndiga. De hecho, en la mayoría de los diccionarios introducidos como correctores en los programas de los ordenadores, se subraya el vocablo almóndiga como incorrecto o al menos dudoso. Así que si el lector utiliza alguna vez lo de almóndiga en sus escritos de ordenador y su corrector le avisa de su presunto uso no admitido, no haga caso y siga escribiendo. O cámbielo por albóndiga, por aquello de que no se diga y quedar más fino.

La conclusión final, por tanto, es clara: Oficialmente, porque lo admite el Diccionario de la Academia, se pueden utilizar ambos vocablos como correctos. Pero eso no quita para que albóndiga se considere más propio y más culto, mientras que su

variante alμόndiga siga teniéndose como más vulgar.

### NO LLEGAR AL GALLINERO

Cuantas veces he utilizado últimamente la expresión de *no llegar al gallinero*, he tenido la sensación, casi certeza, de que muy pocos oyentes y lectores entendían cabalmente su significado. Y digo últimamente porque el modismo, como tantos otros, ha caído en desuso. Y es que para comprender bien el dicho, muy gráfico y de perfiles precisos por cierto, hay que conocer su origen, pues sin ese conocimiento nos podemos quedar en su significado real y no es lo mismo.

El origen de la expresión está en la antigua práctica de criar polluelos en casa, casi siempre además salidos de huevos caseros incubados por gallina propia. En cada nidada que sacaba la gallina clueca, solía haber algún pollito que nacía defectuoso o con pocas reservas vitales. Como los pollos al salir del cascarón ya empiezan a andar y a comer por sí mismos, pues los polluelos más débiles e impedidos apenas si llegaban a la comida y, si en principio salían adelante, en la mayoría de los casos sucumbían a su debilidad.

Estas manadas de pollitos se criaban aparte de las gallinas y con todo el mimo del mundo. Normalmente en cajones y en lugares calientes, a veces en los mismos cuartos de estar de la familia, con la gloria encendida y con bebedero y comida adecuada a su infancia. Y sólo cuando llegaban a una edad y apariencia de adultos y valedores de sí mismos se los metía en el gallinero con toda la granjería de gallinas, gallos y pollitas. La aspiración suprema, pues, tanto de los mismos pollos como de sus cuidadores era que

la manada se criara bien y pudiese llegar sana y salva al gallinero a hacer ya vida normal y comunitaria con el resto de la aves de la granjilla.

Ya no será preciso aclarar que, cuando alguien veía en la manada recién salida algún pollito renqueante o excesivamente débil, solía pensar y expresar que ese pollito no llegaría al gallinero, es decir que no crecería hasta hacerse adulto y de provecho. Y el dicho se aplicaba también a los polluelos que, a pesar de ir subsistiendo algunas semanas, manifestaban un pobre estado de salud que no superaban y que por tanto terminaban muriendo, sin llegar al gallinero.

De este sentido real tomó luego esa expresión otros múltiples significados figurados, pues se puede aplicar a muy diversas facetas de la vida humana. Con el dicho se quiere decir que alguien no alcanzará su objetivo, su aspiración, o que algo no llegará a su destino, a su efectividad. El modismo está recogido en el Diccionario de la Real Academia, señal de que su uso fue en tiempos muy general, como extendida fue la costumbre de que las gallinas empollaran en casa para ir reponiendo la corralada. Aunque se sabía que, como tantas cosas, tantos proyectos, no todos los pollos llegarían al gallinero.

### SI TE DICEN “¡OÍDO AL PARCHE!”

Es curioso cómo el nacimiento y cambio de usos propiciados por los adelantos industriales y técnicos hacen que algunas expresiones populares aparezcan y desaparezcan, o casi, tras un relativamente corto período de vigencia. Por ejemplo el modismo *¡Oído al parche!*, que nació cuando se generalizaron los neumáticos de ruedas, tanto de bicicletas como de vehículos de motor, de los

balones de fútbol y de otras diversas disciplinas deportivas y de algunos enseres hinchables.

Es muy posible que, si una persona de generaciones ya maduras le dice a un joven de hoy eso de ¡*Oído al parche!*, el mancebo no entienda de qué va la cosa y tenga que pedir explicaciones sobre lo que se le quiere advertir. Y es que la expresión, que en tiempos fue muy popular, hoy ha ido cayendo en desuso o al menos se oír con muy poca frecuencia. Porque si al principio de utilizar esos hinchables, lo corriente era que el mismo usuario tuviese que reparar los pinchazos de esas gomas mediante un parche prefabricado en el agujerillo o escape, posteriormente los pinchazos se reparan en talleres o con el cambio de neumáticos.

Cuando el neumático de ruedas, pelotas y otros útiles se pinchaba, no había más remedio que desmontar la goma y buscar dónde estaba el fallo, generalmente un agujerillo o mordida por donde escapaba el aire, para aplicar sobre él un parche taponador. Y la manera más rápida, fácil y segura era hinchar de nuevo el neumático, apretar sobre él para que saliera aire por el agujero del fallo y aplicar el oído para percibir el silbido del escape. Es decir, poniendo el oído para saber dónde debía ir el parche. Una vez puesto el parche, se volvía a inflar el neumático y se ponía de nuevo el oído en la parte reparada para asegurarse de que ya no salía aire por ahí.

Esta artesanía, tan vulgar como al principio novedosa, componía una estampa curiosa y casi esperpéntica. Y por tanto haría surgir esa frase popular de ¡*Oído al parche!*, de una extraordinaria fuerza expresiva, pues luego se utilizó, de manera figurada, para decir a alguien que esté atento a

lo que se está diciendo o cociendo en ese momento, para aconsejar que hay que tener en cuenta ciertas advertencias o sugerencias, como si en ellas estuviese la clave del éxito.

Es verdad que también su utilizó la táctica del agua para detectar los fallos de los neumáticos. El procedimiento era el mismo, sólo que el escape se encontraba al meter el neumático bajo el agua, apretar la goma y ver dónde el agua hacía pompas por la salida del aire. Pero esta variante reparadora no dio lugar a nuevo dicho. Y aunque hoy ya no se lleven los parches personales, siempre será conveniente poner ¡*Oído al parche!*

#### LIGATERNA, VARIANTE DE LAGARTIJA

Se ha discutido alguna vez si el vocablo *ligaterna* es un localismo palentino y si tiene algo que ver etimológicamente con *lagartija*, que significa lo mismo. Ambos vocablos hacen referencia a una especie de lagarto pequeño, ligero y espantadizo, que se alimenta de insectos y que suele vivir entre escombros y en los huecos de las viejas paredes. Estos diminutos reptiles fueron, como juego, muy perseguidos por los chavales, sobre todo en las zonas rurales, donde eran más abundantes. Incluso dieron lugar a una especie de leyenda, pues cuando se les cortaba la cola y ésta seguía moviéndose se decía que estaba insultando al agresor.

En cuanto a la etimología, hay que decir que, efectivamente, *ligaterna* tiene el mismo étimo que *lagartija*. Del latín clásico *lacertus*, luego *lacartus*, procede el vocablo español *lagarto*, según derivación normal. El diminutivo femenino de *lacartus* sería en latín un esdrújulo *lacarticulla*, que derivó en nuestro *lagartija*, con pérdida de la sílaba átona postónica.

Pero desde 1600 aparece en castellano la variante *lagartezna*, más tarde simplificada en *lagaterna*, vocablo este utilizado en toda la región castellano-leonesa. Los diccionarios de uso recogen el cambio vocálico con un *legaterna*, documentado sólo en algunas comarcas palentinas. Y finalmente, un nuevo cambio vocálico nos da *ligaterna*, cuyo uso se ha detectado en buena parte de Castilla y León, pero también en Cuenca y Teruel, lo que quiere decir que quizá se extienda por otras regiones españolas.

Por tanto, hay que concluir que *ligaterna* no es un localismo palentino, aunque en esta provincia seamos habituales usuarios del vocablo, extendido por nuestra región pero también por otras regiones distantes. Sin embargo, como hemos dicho más arriba, sí se considera un palentinismo la forma intermedia *legaterna*, que dicen algunos hablantes de Palencia.

Se han documentado, además, otras variantes del resultado final *ligaterna*, tal que *regaterna*, *regatenda*, *recaterna*, incluso *recalterna*, no usadas por la provincia de Palencia, variantes consideradas como vulgarismos y seguramente surgidas por una defectuosa transmisión oral.

Finalmente, hay que recordar el sentido figurado que muchas veces damos al vocablo *ligaterna*, para referirnos a una persona, sobre todo infantil, cuando es muy nerviosa, muy viva de movimientos, muy avispada y escurridiza. Decimos de ella que *parece una ligaterna*, aunque para estos casos casi siempre preferimos hacer la comparación con la palabra *lagartija*, por resultar más eufónica.